

MI VOZ NO ERA MI VOZ

LA HUELLA ESCRITA

José Luis GARCÍA HERRERA

Premio Nacional de Poesía “Mariano Roldán” 2006

Colección ÁNFORA NOVA, nº 32. Fundación CajaSur.

Rute (Córdoba), 2007. Págs. 64

En el momento de recibir el presente libro, rememoré aquel breve, pero magistral poema de Antonio Machado “Proverbios y Cantares, XXIX”, (de “Campos de Castilla, 1907-1917): “Caminante, son tus huellas / el camino, y nada más; / caminante, no hay camino, / se hace camino al andar. / Al andar se hace el camino, / y al volver la vista atrás / se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar. / Caminante, no hay camino, / sino estelas en la mar”. // Ciertamente aquel que camine de la mejor manera posible, es para mí aquel que deje el camino mejor de lo que lo encontró para aquellos que lo seguirán.

En “La huella escrita”, su autor dejó plasmada en el papel la huella imborrable de una parte de su propia vida, y es que todo lo que hace el poeta, todo lo que dice, deja una marca en algo o en alguien. Quizás sea así, porque la expresión poética es afloramiento del ser que con ansias de humanidad brota de distintas maneras, sumergiéndose tanto en lo profundo y como asiendo lo próximo. Siendo inmortal descansa en el instante efímero de la creación para dejar huellas que atestiguan su paso. Desarrollo vital de generaciones que recurren poéticamente al acto de invención de significados y sentidos existenciales.

El quehacer del poeta tiene múltiples y variadas vertientes: prelingüísticas y lingüísticas, filosóficas y metafísicas, psicológicas y estructuralistas, y otro sinfín de conceptualizaciones que muchas veces alejan al lector de los textos, en lugar de acercarlo. Sin embargo, afirmo que el mérito de la creación poética de García Herrera radica en que, sin renunciar al rigor académico y metodológico, no pierde de vista el carácter vivo que anima a la poesía de todos los tiempos a identificarse con los lectores, y viceversa.

En su poesía, nuestro poeta pugna por marcar su orbe interno, así como el que le rodea, desde la intensidad de su personalidad, desde las cosechas de su vida y de su labor intelectual, desde las de sus relaciones con su entorno y con sus semejantes y con los mundos de éstos, que orbitan más o menos lejos de él... Por consiguiente, José Luis, poeta, indaga en otras esencias que no están al alcance de sus coetáneos, pero tan vitales para él como para los demás seres humanos de hoy y de mañana. Es decir, José Luis pone toda su riqueza intrínseca al servicio de la psique del lector, a través de la palabra poética. Así lo hicieron A. Machado, J. R. Jiménez, V. Aleixandre, Ch. Baudelaire, S. Mallarmé, P. Valéry...

Por supuesto que es maravilloso, saludable, enriquecedor y provocativo no ser el poeta que todos esperan que seas, no escribir lo que es fácil reconocer, no formar parte del guión de la conformidad: de eso se trata la creación, el pensamiento, el riesgo, la

vida en última instancia. Con todas sus dudas y sus anhelos y sus contradicciones, García Herrera apuesta por una escritura de la vida. Esta certeza recorre de principio a fin “La huella escrita”. Es su hilo conductor. Es su estilo propio e intransferible. Es el conocimiento de la experiencia del lenguaje, la indagación en la palabra poética, la expresión de la belleza, el ritmo musical... lo que imprime la huella en un poema, en la mente y en la vida de quien lo crea y lo recibe. Al fin y al cabo, el poema conjuga al sujeto y al objeto dentro de la realidad sensible.

Deduzco al leer “La huella escrita” que José Luis García Herrera, en el contexto de esta obra, exhorta al lector con estas palabras: ¡Camina por donde nunca nadie antes haya caminado. Haz lo que nunca nadie antes haya hecho. Deja tus propias huellas y no pises sobre las huellas de los demás porque no dejarás marca!

Su autor dividió el contenido de “La huella escrita” (37 poemas) en cuatro partes: “Huellas que acompañan el camino” (a cada poema le antecede una cita de un poeta actual), “La huella de quien nos huye”, “Huellas inmortales” (a cada poema le antecede una cita de poetas que alcanzaron la inmortalidad) y “Las horas de las huellas borrosas” (sólo hay tres poemas con citas de los once que componen esta última parte).

Como introito de la obra, dedicada al insigne poeta cordobés, Manuel Gahete, el poeta de Esplugues de Llobregat eligió unos versos del poeta murciano, profesor de Literatura española en la Facultad de Letras de la Universidad de Murcia, Premio Adonais 1977 y Premio Nacional de la Crítica 2005, Eloy Sánchez Rosillo, que sintetizan esas huellas marcadas en el presente libro por él mismo: “Acaba aquí el silencio. Poco a poco, / la soledad se puebla de música y palabras; / giran los signos y la sombra acoge / mi fiebre sacudida, mi pasión, mi inocencia. / Me pierdo en el camino. Pero de nuevo vuelvo / al lugar del milagro. Al fin, descifro / la oscuridad que oculta la secreta escritura. / Todo termina, y callo. Tiembla la noche. Cae / una gota de lumbre sobre el papel en blanco”. //

Es obvio que al poeta y a cualquier otra persona les acompañan huellas, mientras caminan por la vida, por el tiempo universal. Huellas estas que están marcadas en la memoria del caminante, unas con más hondura que otras, unas más amadas que otras, unas más recordadas que otras... Ciertamente hay instantes en la vida del poeta que se queda ahí, sin más afán que abrirle paso a la memoria..., y el pasado habla en presente con la voz del ayer.

Una huella..., o se rememora..., o se olvida, pero si tiene, inconscientemente, voluntad de aflorar, seguro encontrará alguna grieta por donde escabullirse... Y humeará en el espacio, liberada, alterando el orden de las cosas, ignorando cronologías, desvistiéndose ante los ojos de una mente que ya ni se asombra, ni se entusiasma, ni se desarruga... Y aquí se encuentra el poeta, implorando constantemente a las palabras que sean justas y leales y generosas para escribir lo que siente..., o lo que alguna vez sintió... “Traza el peregrino la senda, mas la borra. / A cada paso, su dueño y su destino. / ...y aunque todos los caminos conducen a la muerte / la vida es ir sumando las huellas que dejamos. / Volver la vista atrás sólo lo imprescindible, / paladear la madrugada, el sol, el pan los días / y rogar que siempre haya camino por delante”. // (Del poema “Peregrino”, p. 16).

Cada día el poeta busca ese haz de luz que ilumine la senda por la que marcha hacia la última meta de su destino. Para Cervantes, cada cual se fabrica su destino. En esa misma línea del Príncipe de los Ingenios se halla Stephen Crane. El autor de “Whilomville Stories” (1900) refiere que quien puede cambiar sus pensamientos puede cambiar su destino. Sin embargo, Julien Green manifiesta que venimos de la noche para volver a la noche, sin saber nada de nuestro destino. Al respecto, García Herrera expresa que “...el destino es una sombra diagonal sobre la tierra. / Lo digo tal como reza la sangre su catecismo / y la marioneta acepta la dictadura de los hilos”. // (Del poema “Diagonal es la sombra”, p. 26).

El poeta siempre trabaja, desde la línea de la calidad, para crear aquello que aún está sin concebir dentro de sus proyectos personales. Poco a poco sus esfuerzos van ganando terreno y van dejando huellas inmortales en la mente del lector, en la mente colectiva.

García Herrera, como la mayoría de los escritores que dejan “su huella escrita”, se aísla del bullicio del “medio” y de los aplausos para crear esas obras que dejarán por siempre su impronta en los adentros de sus lectores y en la memoria universal. El destino, la calidad de nuestras obras dirá, más adelante, de qué estamos hechos, cómo vivimos, por dónde caminamos, adónde queremos llegar... Lo demás es lo demás. “... Un poeta jamás se va / ni quedan sus palabras en las sacas del olvido. / (...) Y cuando termine la lectura del poema, cuando cierre / despacio –casi con mimo- el libro, / sabré que no estoy solo, / que mi voz no era mía, / que era la voz de quien, sin estar, jamás se ha ido”. // (Del poema “Retorno del eterno retorno”, p. 40).

A veces las huellas escritas se tornan borrosas, casi imperceptibles, con el paso inexorable del tiempo, pero otras persisten más radiantes, son más universales, están más exuberantes... que recién marcadas. Las primeras son las olvidadas; las segundas, sin embargo, son cada año más rememoradas en profundidad y en extensión, en culto y en alabanzas... Evidentemente el tiempo no es la tinta con la que el poeta escribe, ni la pluma, ni lo escrito... El tiempo es silencio, vacío, nada. El tiempo es esa niebla cada vez más espesa que borra huellas o las mantiene frescas, según el destino del poeta. “Elige tu momento y acierta en las palabras. No dejes / que el silencio borre las huellas de tu nombre. / No trasciende el grito, ni la rabia. Un verso, / ese verso que la sangre escribe en tu garganta, / dejará entre los libros la razón de tu existencia. / Un minuto en la arena y un siglo entre las aguas”. // (Del poema “Un minuto en la arena”, p. 55).

Para José Luis García Herrera (Esplugues de Llobregat, Barcelona, 1964), técnico químico-alimentario, poeta y crítico literario, el Premio “Blas de Otero” es la culminación de una interesante y reconocida trayectoria poética. “Lágrimas de Rojo Niebla”, publicado en la Colección “El Juglar y la Luna” de seuBa Ediciones, que él reconoce escrito bajo la influencia de los poetas del 27, fue su primer libro de poemas premiado. Obtuvo el Premio “Villa de Martorell” (1989).

En 1992, publica, en la misma editorial, “Memoria del olvido”. La relación que García Herrera mantiene con el editor de seuBa, Carlos de Arce, les lleva a publicar una antología, “Los Nuevos Poetas” (1994), en la que aparece el autor.

En abril de 1996, publicó “Código Privado” en la Colección “Puente de la Aurora” del poeta malagueño Rafael Alcalá. Este libro recoge los poemas escritos en el

periodo que va desde 1991 a 1995, el cual tuvo una gran acogida por la crítica. En 1997, obtiene el autor el Premio “Elvira Castañón”, y en ese mismo año apareció el libro “La Ciudad del Agua”, un canto a Venecia, producto de la visita y las correspondientes vivencias de García Herrera en la bellísima ciudad italiana, registrada por la UNESCO, en 1987, como patrimonio cultural mundial. En abril de 1999 obtiene el Premio “Villa de Benasque” con el libro “Los caballos de la mar no tienen alas”, publicado en la editorial Devenir (2000). En el año 2002, publicó “Spelugges” en la editorial Alhulia (Granada). Accésit del premio “Víctor Jara”, de Salamanca, con la obra “El guardián de los espejos” (Amarú, Salamanca, 2004). En 2004, obtiene el premio “María del Villar”, de Tafalla, con el libro, “Las huellas del viento” (Fundación “María del Villar Berruezo”, Navarra, 2005). En el año 2005, le es concedido el premio “Blas de Otero” con el libro “Mar de Praga” (AEAE, Madrid). En 2006, le es otorgado el premio “Ciutat de Benicarló” con el libro “Las huellas en el laberinto”. Y con el presente libro obtuvo el premio “Mariano Roldán” 2006.

Dirigió la revista “El juglar y la luna”. Fue miembro directivo de la Academia Iberoamericana de Poesía en Barcelona y miembro fundador del premio literario “Ciutat de Sant Andreu”. Ha sido incluido en diversas “antologías” y ha publicado poemas en múltiples revistas, tanto de dentro como de fuera de nuestras fronteras.

José Luis García Herrera está considerado, por literatos eruditos y por la crítica y por los lectores, como una de las voces poéticas más importantes de la actual poesía universal.

Carlos Benítez Villodres

Málaga - España

<http://www.carlosbenitezvillodres.es>